

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ  
DE COLOMBIA  
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

### III. EL VALOR DEL TIEMPO

¿Amas la vida? Pues no malgastes el tiempo, porque es la tela de la vida. — FRANKLIN.

Ni toda la eternidad basta para resarcir la pérdida de un instante. — ANÓNIMO.

*Periuntur et imputantur.* (Las horas pasan y caen en nuestra cuenta). — INSCRIPCIÓN DE UN RELOJ DE SOL EN OXFORD.

Malgasté el tiempo y ahora el tiempo me malgasta a mí. — SHAKESPEARE.

¡Pérdida! No se sabe dónde, entre el alba y el ocaso se han perdido dos horas de oro con juego de sesenta minutos de diamante. No se ofrece gratificación porque se perdieron para siempre. — HORACIO MANN.



UN hombre que se había pasado una hora frente al escaparete de la librería de Benjamín Franklin, entró por último y le preguntó al dependiente:

— ¿Cuánto vale este libro?

— Un dólar.

— ¿No me lo puede usted dar por menos?

— Vale un dólar.

Echó perezosamente nuestro hombre una mirada sobre los libros puestos a la venta y volvió a preguntar:

— ¿Está el señor Franklin?

— Sí, señor; pero tiene mucho que hacer en las prensas.

— Es que desearía hablar con él.

Avisó el dependiente a su principal y le preguntó el comprador:

— Señor Franklin, ¿cuál es el último precio de este libro?

— Dólar y cuarto.

— ¡Pero si el dependiente me acaba de pedir tan sólo un dólar!

— Es verdad; porque hubiera preferido entonces un dólar a dejar mi trabajo.

Pareció el hombre sorprendido de la réplica y deseoso de cerrar el trato repuso:

— Bien; pero dígame el último precio.

— Dólar y medio.

— ¡Cómo! ¡Si acaba usted de decirme dólar y cuarto!

— Es verdad; pero antes me era más ventajoso el dólar y cuarto que ahora el dólar y medio.

Dejó silenciosamente el hombre las monedas sobre el mostrador, y salióse de la tienda con el libro y la saludable lección recibida del maestro en el arte de transmutar a voluntad el tiempo en riqueza o en sabiduría.

Por doquiera hay malgastadores de tiempo.

Un taller de tirador de oro, en Filadelfia, tiene

el entarimado de quitaipón, para de este modo aprovechar al barrerlo el finísimo polvo de oro, cuyo valor importa miles de dólares al año. De la propia suerte, todo hombre anheloso de éxito ha de tener una redcilla donde guardar «las raeduras y migajas de existencia y los pedacitos de hora» que la mayoría de las gentes barren en el taller de la vida. Quien va acumulando y poniendo en cuenta minutos sueltos, medias horas descabaladas, ratos ociosos y esperas de gentes impuntuales obtiene resultados que maravillan a cuantos no conocen este preciosísimo secreto.

Decía Elihu Burritt:

Todo lo que hice y lo que espero hacer lo hice y lo haré pensamiento por pensamiento y acto por acto, según aquel laborioso, paciente y perseverante procedimiento con que la hormiga avitualla su nido. Y si alguna vez obré por ambición, no fué otra que la ardentísima de enseñar a la juventud de mi país cómo es posible aprovechar los insignificantes pedacitos de tiempo que llamamos momentos.

Un hermano de Eduardo Burke, después de oírle hablar en el Parlamento, cayó en sombría meditación y dijo al cabo: «Me admira que Ned (1) haya logrado monopolizar todo el talento de la

(1) Diminutivo familiar de Eduardo. — (N. del T.)

familia; pero bien recuerdo que cuando nosotros jugábamos, él estudiaba».

Los días llegan a nosotros como encubiertos amigos que en visibles manos nos traen dones de subidísimo valor; pero si no sabemos aprovecharlos nos los arrebatan silenciosamente para no devolvérselos más. Cada aurora trae en sus arreboles nuevas dádivas que, si desdeñamos, menguan de día en día hasta extinguir en nosotros la capacidad de recibir las. Sabiamente se ha dicho que las pérdidas riquezas pueden recuperarlas el trabajo y el ahorro; los conocimientos olvidados, renovarse por el estudio; la salud quebrantada, reponerse por la moderación y las medicinas; pero que el tiempo no se recupera jamás.

En el seno de las familias se oyen generalmente expresiones como ésta: «Sólo faltan diez minutos para ir a comer y no hay tiempo de hacer nada». Sin embargo, con los momentos que el común de las gentes desperdicia, labraron su porvenir los niños desvalidos. Si aprovecháramos el tiempo que malgastamos, bastaría para asegurarnos el éxito.

María Harland llevó a cabo maravillas en este particular, pues aprovechaba el tiempo que sus hijos estaban en la cama y todo instante de ocio, para escribir sus artículos y novelas, sin descoronarse por las interrupciones de la tarea, que

hubieran disuadido a muchísimas mujeres de cumplir deberes añadidos a los de la familia. Sin embargo, pocas amas de casa honraron como ella el dietario doméstico.

Enriqueta Beecher Stowe escribió su obra maestra *La cabaña de Tom* entre los cotidianos apremios de la vida de familia, y leía diariamente una página de la *Inglatera*, de Froude, mientras ponían la mesa para comer.

Longfellow tradujo el *Infierno* del Dante a intervalos de diez minutos, mientras se calentaba el café, y en esta tarea perseveró años enteros, hasta terminarla.

Hugo Miller tuvo tiempo de leer obras científicas mientras trabajaba de cantero, y en los bloques de piedra que labraba transcribía las lecciones aprendidas.

La señora de Genlis, institutora de la futura reina de Francia, compuso varias de sus lindas obras entretanto esperaba que la princesa viniese a dar la lección diaria.

Burns escribió sus más hermosos poemas durante el tiempo que trabajó en una granja.

El autor del *Paraiso perdido* fué maestro de escuela, secretario municipal y después del Lord Protector, y escribió el sublime poema a ratos abstraídos a su atareada vida.

Stuart Mill era dependiente de la «Casa de la

India Oriental» cuando escribió sus más celebradas obras.

Galileo había de ganarse la vida con la profesión de cirujano, y no obstante, al aprovechamiento de intervalos sueltos debe el mundo algunas de sus admirables invenciones.

Si un hombre tan genial como Gladstone llevaba siempre a prevención un libro en el bolsillo para no tener instante ocioso, ¿qué no habrán de hacer las medianías para aprovechar el tiempo? La vida de Gladstone sirve de áspera reconvención a multitud de jóvenes que malgastan meses y aun años del tiempo que el *insigne viejo* acopiaba en menudísimas partículas. Muchos hombres ilustres levantaron su fama con desmenuzados fragmentos de tiempo que otros no supieron aprovechar. En la época del Dante todos los literatos de Italia tenían ocupación social en el comercio, la medicina, la política, la magistratura o la milicia.

Cuando Miguel Faraday trabajaba en el oficio de encuadernador empleaba los descansos en experimentos científicos. Cierta vez escribió a un amigo suyo: «Lo que yo necesito es tiempo y ¡ojalá! pudiese comprar por poco precio las horas, o mejor dicho, los días que los modernos caballeres malgastan en la ociosidad».

La constante labor opera milagros.

Alejandro de Humboldt estuvo tan atareado durante toda su vida, que le era preciso ocuparse por la noche y de madrugada en sus trabajos científicos, mientras los demás dormían.

Una hora substraída diariamente a frívolos pasatiempos bastaría para que un joven de mediana disposición dominase cualquiera ciencia. Una hora diariamente aprovechada convertiría al cabo del año en instruído al ignorante y sería suficiente para la lectura de dos diarios, dos semanarios, dos revistas ilustradas y una docena de libros instructivos. En una hora diaria puede un adolescente leer con provecho veinte páginas o sean siete mil en un año, equivalentes a diez y ocho gruesos volúmenes. Una hora diaria puede establecer la diferencia entre una existencia tediosa y una vida útil y feliz. Una hora diaria puede dar, como en efecto dió, fama al desconocido y convertir, como convirtió, a un hombre inútil en bienhechor del género humano. Consideremos, por lo tanto, cuán potentes han de ser las posibilidades deparadas, por no ya una, sino dos, tres, cuatro y aun seis horas que la juventud suele malgastar diariamente en su loco afán de diversiones.

Para emplear en ellas los ratos perdidos, todo joven habría de tener suplementarias tareas, a la par útiles y agradables, en las que *pusiera todo su corazón* sin importar que fuesen o no aná-

logas a sus ordinarias ocupaciones, pues elegidas acertadamente acrecentarán y transformarán el carácter, gracias al ejercicio intelectual que su cumplimiento demande.

Decía Burke:

De nada hemos de precavernos tanto como de la ociosidad, porque absorbe el tiempo mayormente que cualquiera ocupación y nos impide ser dueños de nosotros mismos.

De la propia suerte que algunos hombres amasan una fortuna a copia de ahorros que los dilapidadores desdeñan, así también algunos jóvenes pueden adquirir una buena educación aprovechando los intervalos de tiempo que otros desperdician. ¿Qué joven está tan ocupado que no pueda emplear una hora diaria en su perfeccionamiento individual?

Carlos C. Frost, el famoso zapatero de Vermont, resolvió dedicar una hora diaria al estudio y llegó a ser uno de los más notables matemáticos de los Estados Unidos, aparte de cobrar no menor reputación en otras ramas de la ciencia.

Juan Hunter, como Napoleón, sólo dormía cuatro horas y coleccionó veinticuatro mil ejemplares de anatomía comparada, que el profesor Owen tardó diez años en clasificar ordenadamente. Fue la de Hunter una proeza científica casi increíble

en un joven que, al propio tiempo, trabajaba en el oficio de carpintero.

Juan Q. Adams lamentaba amargamente que vinieran los importunos a robarle el tiempo. Un estudiante italiano puso sobre la puerta de su cuarto el siguiente letrero: «Quienquiera que se detenga aquí me ha de ayudar en el trabajo». Carlyle, Tennyson, Browning y Dickens se enojaban contra los desocupados que iban a estorbar su labor.

Gran número de hombres insignes en la historia adquirieron celebridad por obras cumplidas en los momentos que les dejaba libres la ordinaria profesión y que otros no supieron aprovechar.

Spenser era secretario del virrey de Irlanda y a ratos perdidos escribió las obras en que cimentó su fama. La celebridad adquirida por Lubbock en sus estudios de prehistoria tuvo por apoyo las horas que no estaba ocupado en el escritorio de la banca. Southey no perdió ni un minuto de su vida y así pudo escribir cien volúmenes. El libro de memorias de Hawthorne nos muestra que jamás dejó de aprovechar idea ni circunstancia favorable. Franklin fué trabajador infatigable que pasaba en la mesa y en la cama el menor tiempo posible a fin de disponer de más para el estudio. De niño le impacientaba el mucho rato que su padre le tenía en la mesa, y cierto día le dijo si no

sería mejor comerlo todo de una vez para ganar tiempo. Escribió a bordo de un buque algunas de sus mejores obras, tales como *Perfeccionamientos de la navegación* y *Chimeneas humeantes*. ¡Qué ejemplo tan admirable ofrece la breve vida de Rafael Szancio a los que se lamentan de no tener tiempo para nada, en tanto que malogran su existencia!

Los hombres célebres han sido todos muy avaros del tiempo.

Cicerón decía:

Yo dedico al estudio de la filosofía el tiempo que otros emplean en públicas diversiones y aun en el descanso de cuerpo y mente.

La fama de Francisco Bacon tuvo su capullo en las horas cercenadas a su cargo de canciller de Inglaterra. Durante una entrevista de Goethe con un gran monarca, excusóse de repente el ilustre poeta y fuese al aposento inmediato para anotar, antes que se le olvidase, una idea que se le había ocurrido para el *Fausto*. Humphry Davy adquirió su nombradía a favor de los momentos ahorrados en la oficina de farmacia donde servía. Pope se levantaba a menudo por la noche para estampar las ideas que no se le ocurrían entre el tumulto de las diurnas ocupaciones. Grote escribió su magistral *Historia de Grecia* durante las

horas que le dejaban libre sus ocupaciones bancarias.

Jorge Stephenson aprovechaba los instantes como si fuesen granos de oro. Se educó a sí mismo y muchos de sus mejores inventos se engendraron en ratos hurtados al ocio y aprendió por las noches la aritmética cuando era maquinista. Mozart no malgastaba ni un momento y a veces proseguía el trabajo dos noches y un día sin interrupción. Compuso en su lecho de muerte el famoso *Requiem*.

César decía que en su tienda de campaña, en las más empeñadas vicisitudes de la guerra, tuvo tiempo de pensar en muchas otras cosas. En cierta ocasión naufragó, salvándose a nado con una mano, mientras que en la otra sostenía sus *Comentarios*, en que estaba trabajando a bordo cuando sobrevino el naufragio.

El médico Mason Good tradujo a Lucrecio mientras iba en su mula a visitar a los enfermos. Darwin aprovechó para la mayor parte de sus obras los pensamientos que escribía en pedacitos de papel doquiera que se encontrase. Watt aprendió química y matemáticas mientras estuvo de operario en el taller de un fabricante de instrumentos de precisión. Enrique Kirke White aprendió griego por la calle, aprovechando el tiempo en que iba y volvía del bufete de abogado donde

estaba de pasante. El doctor Burney estudió los idiomas italiano y francés yendo a caballo. Mateo Hale escribió sus *Contemplaciones* en los ratos que le dejaban libre las ocupaciones de juez.

El tiempo es una materia prima de la que podemos hacer cuanto nos acomode. No vale recordar el pasado ni soñar en el porvenir, sino aprovechar el presente con las lecciones que nos da la hora sonante. Todavía ha de nacer el hombre que sepa aquilatar el verdadero valor de una hora. Como dijo Fenelon: Dios sólo da un momento a la vez y no nos deja disponer del segundo hasta pasado el primero.

Lord Brougham no desperdiciaba ni un instante, y sin embargo era tan metódico, que le parecía disponer de menos tiempo que otros, ni de mucho tan laboriosos. Se distinguió en política, jurisprudencia, ciencias y literatura.

El doctor Johnson escribió su obra *Rasselas* en las siete tardes de una sola semana, para costear las exequias de su madre.

Lincoln estudió leyes en los descansos de sus tareas de agrimensor, sin necesidad de maestro alguno. La señora de Somerville aprendió botánica y astronomía mientras sus compañeras y vecinas pasaban el tiempo en conversaciones ociosas. A los ochenta años publicaba la obra *Ciencia molecular y microscópica*.

El perjuicio de una hora perdida no está tanto en el tiempo malgastado como en la fuerza desperdiciada. La pereza enmohece los nervios y debilita los músculos. El trabajo tiene uno u otro método; la ociosidad no tiene ninguno.

El presidente Quincy nunca se iba a la cama sin haber dispuesto la tarea para el día siguiente. Dalton registró durante su vida doscientas mil observaciones meteorológicas.

En las fábricas de tejidos un solo hilo que se rompa echa a perder la pieza entera y el importe del perjuicio se le descuenta de su salario a la operaria que lo causó; pero ¿quién pagará los hilos rotos en el lienzo de la vida? No podemos mover atrás y adelante una lanzadera vacía, porque unos u otros hilos deshilarán su hebra mientras tejemos la tela de nuestro destino, que echarán a perder los hilos de horas malgastadas o coyunturas fallidas en perjuicio del tejedor, o por el contrario, estará formada de hilos de oro que acrecienten su brillo y su hermosura. No podemos detener la lanzadera ni expurgar el hilo inconveniente que se cruza en nuestra tela como perpetuo testimonio de nuestra locura.

Nadie se preocupa de un joven mientras está ocupado en útiles quehaceres. Pero ¿dónde va después del trabajo? ¿en dónde pasa las noches? ¿en dónde los domingos y fiestas de guardar? El

empleo que dé a estos intervalos de tiempo ocioso nos revelará su carácter. La gran mayoría de jóvenes descariados empezaron a dar los malos pasos por salir de noche después de la cena. En cambio, la mayor parte de cuantos lograron honra y fama emplearon las veladas en el estudio, en el trabajo o en la compañía de quienes podían ayudarles a mejorar. Cada prima noche equivale a una crisis en la vida de los jóvenes, y así lo da a entender el profundo significado de estos versos de Whittier:

Cada día modelamos nuestro destino y urdimos la tela de nuestro hado.

Desde este día podemos escoger entre la virtud y el vicio.

El tiempo es dinero. No hemos de ser tacaños o mezquinos con el tiempo; pero tampoco hemos de malgastar las horas, como no malgastaríamos un billete de banco. Malgastar tiempo equivale a disipar energías, vitalidad y carácter. Equivale a desperdiciar coyunturas que jamás volverán a presentarse. Cuidad de cómo matáis el tiempo, porque en el tiempo se encierra todo vuestro porvenir.

Dice Eduardo Everett:

A cada cual le toca ser útil, honrado y dichoso por la educación de sus talentos, el aprovechamiento de las ocasiones descubiertas con mirada de águila, el escrupuloso empleo del tiempo, la repulsión de las tentaciones y el desprecio de los placeres sensuales.

## ADICIÓN DEL EDITOR

♣ *Por más que a los exageradores del patriotismo les parezca maledicencia, valga decir, a instigación de la verdad, que los españoles tienen por punto general, entre otros vicios de raza, el de malgastar el tiempo tan lastimosamente como el heroísmo. En conversaciones frívolas y palabras ociosas consumimos mucho más tiempo del necesario para hacer lo que solemos demorar de un día a otro.*

♣ *Sin embargo, hay entre nosotros quienes aprovechan el tiempo tan escrupulosamente como el más laborioso anglosajón, y aparte de las ordinarias tareas de su habitual profesión, dedican las horas libres a obras de provecho para la sociedad en sus diversas modalidades de cultura, higiene, beneficencia, sociología, etc.*

♣ *El insigne Pi y Margall trabajaba diez y seis horas diarias, y además de ganarse la subsistencia en el ejercicio de la abogacía, pues jamás quiso cobrar la cesantía de exministro, tomaba parte activa en la política como jefe del partido republicano federal y desempeñaba a satisfacción de sus electores el cargo de diputado.*

♣ *Por punto general, los políticos españoles, tan desgraciados en su colectiva labor de gobernantes, son individualmente hombres muy activos y de claro talento, que saben aprovechar todos los instantes del día. Labra, Mauya, Dato, Sanz Escartín, Azcárate, están ya en su despacho a las ocho de la mañana y no gustan de importunos que les hagan perder el tiempo en fruslerías. Moret era infatigable en el trabajo, y a pesar de sus apremiantes ocupaciones*